



AÑO III

→ BARCELONA 14 DE JULIO DE 1884 →

NÚM. 133

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Mlle. NEVADA, distinguida cantante norte-americana

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—ROBANDO CORAZONES (*conclusion*), por don Enrique Perez Escrich.—TODO EL MUNDO, por don A. Sanchez Perez.—EL CÁRMEN DEL RUISEÑOR, por don Salvador Perez Montoto.—

GRABADOS.—Mlle. NEVADA, DISTINGUIDA CANTATRIZ.—EL MATRIMONIO DE ROMEO Y JULIETA, cuadro por C. Becker.—AL PIÉ DE LA ESCALERA DE LOS GIGANTES EN VENECIA, cuadro por H. Woods.—JOSÉ Y LA MUJER DE PUTIFAR, grupo en mármol por Adam Tadolini.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: FANTASÍA JAPONESA, cuadro por Gustavo Courtois.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

El cólera.—Sus colaboradores.—El cólera en la literatura.—*O terror dos mares*.—Los apóstoles de Lavapiés.—Dramas de la miseria.—Una pension al genio.

La aparición del cólera ha sido y es el asunto de todas las conversaciones y de todos los temores. El gobierno ha aislado a España por medio de cordones sanitarios; medidas higiénicas han intentado corregir las malas condiciones de salubridad de la villa y corte; los negocios se paralizan; el temor de la muerte hace desatender las exigencias de la vida; la bolsa baja, y por la tierra corren estremecimientos de pavor. El huésped del Ganges asoma su pálida cara y esgrime su cetro que es una descarnada tibia.

No hay en realidad motivo que dé al cólera derecho al miedo de la humanidad sin compartir igualmente este triste homenaje con la fiebre amarilla de las costas ecuatoriales y mediterráneas, con la peste bubónica de Oriente, el tífus europeo, la negra viruela, el *crup*, que es el fantasma de Herodes recorriendo sin cesar la tierra, la tísis que se hereda a través de las generaciones y diezma a la juventud de las grandes capitales... Todas estas enfermedades, todos estos nombres del morir, todas estas demostraciones prácticas de la miseria y ruindad de la vida son igualmente terribles, y si el cólera lleva la feroz reputación de proveedor de las tumbas, es sin duda alguna porque trabaja poco, de tarde en tarde, dos ó tres veces cada siglo, y le sucede lo que a los grandes holgazanes, que con sólo interrumpir su pereza un día, se acreditan de laboriosos. La estadística enseña que todas aquellas enfermedades han hecho un número de víctimas infinitamente mayor que el cólera.

Lo que hay es que el cólera mata con más rapidez. Una tertulia de buenos amigos que se reúnen esta noche van a continuar mañana su conversacion al cementerio. El cólera les ha dado cita en la fosa comun y ninguno ha faltado a ella. Además el miedo al contagio hace que el enfermo colérico se vea abandonado hasta de su propia familia. Es morir dos veces, es ir advirtiendo cómo pulso a pulso se va la vida.

Hé aquí porqué el cólera aterra y de aquí su nombre *cólera de Dios*.

* *

En la literatura hay tres cóleras memorables: el que Manzoni describe en *I promessi sposi* y el que Eugenio Sue narra en el *Judío errante*. El tercer cólera a que aludo es el que dió origen al *Decameron* de Boccaccio. Varios caballeros florentinos deseosos de desimpresionarse del horrendo cuadro que ofrecía la ciudad inmortal de las artes atacada por el cólera, se van a una suntuosa quinta donde llevan hermosas mujeres, los espumosos vinos de la Sicilia encerrados en ánforas de plata y el deleitable perfume de la juventud en sus corazones. Cierran las puertas de la quinta y sobre ellas escriben estas palabras: *Aquí yacen unos cuantos seres felices*. Mientras el cólera diezma a Florencia ellos viven en una orgía no interrumpida. Al lejano són de las campanas funerales ellos contestan con el acorde de sus carcajadas alegres. Es el triunfo del amor sobre la muerte. Sobre Atenas asolada por la epidemia, los Dioses celebran sus fiestas en el Olimpo. Cerca de Florencia enlutada celebran la fiesta de su amor los jóvenes orgiastas. Estas carcajadas, estas fiestas, este amor, este vino que se desborda, esta juventud que triunfa del sepulcro, es el aliento que corre por entre las líneas del *Decameron*, el perfume sensual del amor a la desesperada.

* *

Los debates de ambas Cámaras continúan. Una de las cosas que allí se han discutido últimamente es la adquisición de un acorazado de colosales proporciones, un gigante de hierro que lleve el nombre de España a través de los mares con el prestigio del terror. Discuten los entendidos en arquitectura naval sobre si será mejor comprar varios buques pequeños que un buque grande, es decir, en términos vulgares aunque clásicos, si habrá más provecho para España en comprar las cinco caperucitas del sastre baratarío, ó un sólo capuchon demasiado grande para nuestra cabeza.

En realidad habrá notable desproporcion entre este barco y los demás de la armada española. Lo indudable es que España necesita marina, que esta necesidad es la más urgente para nuestro país porque la posición que tenemos en el mundo nos obliga a poseer un verdadero ejército flotante.

Mientras no tengamos barcos seremos un halcón sin alas.

* *

Los barrios bajos de Madrid han tenido una gran emoción últimamente. Habían aparecido tres curanderos que se suponían investidos por Dios de la misión altísima de sanar a la humanidad doliente. Dábanse a sí mismos el modesto nombre de *apóstoles* y el procedimiento que empleaban para curar a un enfermo era sencillamente bendecirle, mojar en agua las puntas de los dedos y hacerle decir oraciones. El día en que la autoridad intervino, se promovió un motín; las turbas destrozaron el coche del Gobernador, desgarraron la levita al jefe de policía y entre gritos y aclamaciones y llantos los acompañaron hasta la cárcel modelo.

Lo triste del caso es que un pueblo donde aún tienen fuerza tales supersticiones, donde tres embaucadores de tan burda estofa medran y adquieren celebridad, deja bastante que desear en punto a civilización. La situación del pueblo bajo de Madrid exige reformas importantes así en lo moral como en lo material. Hacen falta muchas escuelas que difundan la luz en el alma, una piqueta que abra anchas vías a la salud y al aire en aquel apelmazamiento de viejos caserones. Cultura y salud, civilización é higiene: hé aquí el gran programa del porvenir para los que quieren que los horizontes de España sean risueños y tranquilos.

La mayor parte de las desgracias del pueblo de Madrid son debidas a ese afán de lo maravilloso y a esa necesidad de emociones fuertes que constituye el pan espiritual de su alimento.

Sólo concibe el *ahorro* como ese milagro del Dios del azar que se llama lotería: depositar en la hucha una a una las pobres monedas que representan la privación de lo superfluo y la merma de lo necesario no satisface a las imaginaciones meridionales. Quieren dar un día un golpe a esa hucha y que de entre los rotos cascotes salga un torrente de luminosas y relucientísimas monedas de oro. Así es que el pueblo bajo de Madrid no ahorra, no sólo porque no puede sino porque no quiere. El supremo esfuerzo que en las durísimas condiciones actuales de la vida para el pobre representa el privarse de algo preciso, de un pedazo de pan en cada comida ó de un vaso de Valdepeñas, sólo le comprende si tiene por objeto la adquisición de un billete de la lotería.

En cuanto a diversiones públicas, las que necesita han de ser vivas, enérgicas, feroces, las corridas de toros.

Víctima de sus propias condiciones morales, pasará a la historia con el dictado de heroico é inculco.

Pero los que tan duramente juzgen necesitarán no haber nacido en esta tierra y no tener la gran parte de responsabilidad que a todos nos incumbe con haber abandonado la educación de los pobres.

* *

Un drama horrible ha ocurrido en la calle del Lobo. Un abogado viudo, padre de una niña de siete años, careciendo de lo más indispensable para la existencia, harto de luchar contra la corriente, de buscar destinos y ocupaciones sin resultado, cercado por el hambre y la miseria, ha matado a su hija y se ha suicidado de un pistolazo. Nada había que decir de la conducta de este desgraciado. Honrado, bueno, pundonoroso, el mundo le ha negado todos los medios de vida. Mientras puedan suceder estos tristes casos, tendrán razón los que piensan que la sociedad está mal organizada y los que hoy en el proceso que se haga sobre la muerte del parricida y suicida escriban esta severa línea:

Procesado,—el género humano.

* *

Imposible parece que haya quien discuta la conveniencia ó justicia de dar al inmortal poeta Zorrilla una pensión. Las Cortes tratan de concedérsela no muy abundante por cierto, y pocas veces se ha llevado a cabo por el cuerpo colegislador un acto de reparación más equitativo.

El grandioso cantor de Granada vive casi en la miseria. Durante más de dos años su único modo de ganar el pan de cada día ha sido los honorarios que le pagaba *El Imparcial* por sus interesantes artículos *Recuerdos del tiempo viejo*, en cuya colección ha pintado su vida y su época. Enfermo, achacoso, lleno de desengaños, carece hoy de todo y se ve obligado a ir por los teatros de provincias dando lectura a sus poesías.

¡No es triste ver a tan grande gloria viviendo tan miserablemente!

Francia ha enriquecido por dos veces a Lamartine, una comprándole sus tomos de poesía y prosa, otra otorgándole una pensión de 10,000 duros anuales. Inglaterra ha regalado a su poeta Tennyson un palacio magnífico enclavado en bello parque. Alemania tuvo siempre por Göthe la admiración y el religioso respeto que merecía.

Al mismo tiempo se trata de obtener una pensión para Fernández y Gonzalez, el Dumas español, el escritor más fecundo de cuantos ha habido, pues sus novelas ascienden al número de trescientas setenta.

Tan pobre como Zorrilla, no tenía otra renta que un sueldo de 20,000 reales que le daba el Ministerio de Fomento. Al cabo de cuarenta años de vida literaria, al cabo de cuarenta años de trabajo inverosímil, pues en todos ellos no ha dejado de escribir ni un solo día, el pobre novelista se encuentra en la miseria. Su genio colosal no cabe en sus libros, y a esto sin duda y más aún a la celebridad con que ha elaborado sus centenares de tomos dictando al mismo tiempo a tres taquígrafos tres novelas distintas, se debe que muchas de ellas sean indignas del

mérito de quien las ha hecho; pero aún haciendo un severo escrutinio de entre ellas, siempre quedarán en pié desafiando con gloria la crítica *Men Rodríguez de Sanabria*, *El Cocinero de Su Majestad*, *Martin Gily* y *El pastelero de Madrigal*... Aún mejores son sus dramas. *El Cid*, y *el Cardenal Cisneros* son dos soberbias creaciones en que chispea un ingenio varonil, fuerte y poderoso, amamantado a los pechos de nuestras musas épicas y dramáticas.

No es pedir mucho el pedir para estos dos pobres poetas un puñado de oro.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

Mlle. Nevada, distinguida cantatriz

Durante la temporada teatral anterior, ha llamado la atención en París, primero en la Opera Cómica y luego en el Teatro de los Italianos, una joven cantatriz llamada Emma Nevada, que, astro naciente hoy en el terreno del arte musical, promete ser digna émula de las Patti, Nilsson y otras brillantes estrellas de la escena lírica. Esta joven artista ha nacido en América, en el Estado cuyo nombre ha adoptado por apellido, pues el suyo verdadero es el de Wixon: hija de padres protestantes, abrazó la religión católica en marzo último, y apadrinada por la opulenta norte-americana Mad. Mackay y por el eminente Gounod, recibió el agua del bautismo en la capilla de los Padres Pasionistas de París. Entregada desde su edad juvenil a los únicos recursos de su arte en Viena, halló en Mad. Marchesi una eminente profesora y una segunda madre; es el único sosten de su numerosa familia, y aún no hace muchos meses obtuvo grandes ovaciones cantando la protagonista de la ópera *Lucia* en compañía de nuestro inimitable Gayarre, en el mencionado Teatro de los Italianos, cuyo escogido público no es por cierto de los menos exigentes en punto al arte que allí se cultiva.

El matrimonio de Romeo y Julieta,

CUADRO POR C. BECKER

Romeo y Julieta serian probablemente dos mortales como hay muchos millones parecidos, y Fray Lorenzo seria a buen seguro un ermitaño parecido a la generalidad de los ermitaños. Casi puede asegurarse que Julieta fué una hermosa joven, que Romeo fué un apuesto mancebo y que Fray Lorenzo fué un venerable anciano; pero a buen seguro que ni Julieta fué la más hermosa de las muchachas de Verona, ni Romeo el más apuesto de sus mancebos, ni Fray Lorenzo el más venerable de sus sacerdotes.

Cuando héte aquí que un potente dramaturgo inglés se apodera de la popular leyenda, la trasporta a la escena, y gracias al maravilloso poder del genio, Julieta, Romeo y Fray Lorenzo dejan de pertenecer al vulgo de la mísera humanidad y toman forma poética, ideal, sobrehumana.

En semejante estado de apoteosis, se apodera de ellos el artista; y aquí entran naturalmente las dificultades. Se han dibujado y pintado centenares de Julietas y Romeos y de Frailes Lorenzos, segun que cada artista los ha ideado; y ninguno, empero, ha conseguido que la voz unánime del público exclamase: *¡Eureka!*—es decir: ¡te encontré!

¿Quién hace tangibles, visibles, reales y a gusto de todos, personajes que precisamente hemos idealizado, cada uno segun su manera de comprender y de sentir? ¿Quién pinta, segun la idea que cada uno tiene de la estética y del efecto de las pasiones, a Ofelia y a Margarita, a Hamlet y a D. Quijote?

Por esto, sin negar que el cuadro de Becker que hoy publicamos tenga indudable mérito artístico, sin negar que el agrupamiento y actitud de los personajes sean recomendables, sin negar que Julieta sea hermosa, Romeo apuesto y Fray Lorenzo venerable, lo confesamos ingenuamente, sus tipos no son los tipos que hemos soñado a nuestra manera; los encontramos demasiado sanos, demasiado gordiflones, en una palabra, demasiado prosaicos.

Sin duda que esto va en gustos: nosotros apuntamos simplemente el nuestro, con la pretension algo orgullosa de que si Shakespeare pudiera emitir su voto, habia de concordar con nuestra humilde opinion.

Al pié de la escalera de los Gigantes en Venecia,

CUADRO POR H. WOODS

La escena pasa en Venecia y en el famoso palacio de los antiguos dux. En un banco adyacente a las primeras gradas de la artística escalera de los Gigantes está sentada una joven, de tipo verdaderamente veneciano, con la atención fija en un grupo compuesto de una familia de *contadini*, que a su vez contempla con la ingenua admiración propia del labriego aquellas maravillas del arte, no soñadas siquiera en su humilde aldea. Un sacerdote acompaña a dicha familia, refiriéndole tal vez en sencillo y compendioso lenguaje alguno de los episodios históricos unidos al monumental edificio, que tantos recuerdos encierra de la época en que Venecia era la reina del Adriático y del Mediterráneo oriental.

El pintor Woods es uno de los muchos artistas ingleses que se apasionan por la escuela y tipos italianos, y que habiendo residido bastante tiempo en la ciudad de

las cien islas, ha consagrado su estudio y su pincel á reproducir en el lienzo con la soltura y buena colorido que le distinguen, escenas análogas á la que forma el sencillo pero bonito asunto de este cuadro.

José y la mujer de Putifar,
GRUPO EN MÁRMOL POR ADAM TODOLINI

Pocas palabras debemos consagrar á este grabado. Como representación histórica, nadie habrá que ignore el episodio bíblico en que se ha inspirado el artista; como obra de arte se distingue notablemente por la expresión de las fisonomías de entrambas figuras, por el discreto modelado de las carnes y por la bien entendida ejecución de los paños, cualidades todas que revelan en el escultor Todolini no vulgar conocimiento del difícil arte que cultiva.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

Fantasia japonesa, CUADRO POR GUSTAVO COURTOIS

Si tuviéramos á mano al autor de ese bellísimo dibujo, le diríamos:

—Caballero; lo que V. ha dibujado ¿es una fantasía ó es una japonesa?

Porque, francamente hablando, si como sér fantástico (léase caprichoso) tiene algo de japonesa; como japonesa se nos ocurre algo fantástico.

Hasta aquí nuestros conocimientos tocante á ese imperio, nos habian dado á conocer á los japoneses y á las japonesas tales como resultaban de los veladores maqueados ó de los estuches para contener barajas ó piezas de ajedrez.

Comparando esos tipos con el tipo de Courtois, se ve que la raza debe haber mejorado bastante, dado el concepto estético que en Europa se tiene formado de la belleza.

Resulta del cuadro que hoy publicamos que las damas del Japon no son ya aquellas mujeres de nariz imperceptible, de ojos parecidos á una breve línea trazada con tinta sobre un pergamino amarillento, de frente estrecha, dentadura ennegrecida por el betel y tocado tan estafalario que de él no se aprovechó moda alguna, á pesar de haber habido modas muy estafalarias.

Si la verdad está en el cuadro de Courtois, esa verdad acusa un progreso por el cual felicitamos á las japonesas, y más aún á los japoneses.

Nos acordamos, empero, del dicho:—A luengas tierras, luengas mentiras. ¿Dónde estará la verdad, en nuestro cuadro ó en los paquetes que contienen media libra de té? No es fácil dar con la solución, y en este conflicto, fantasía por fantasía, nos quedamos con la de Courtois, que es la más bella.

ROBANDO CORAZONES

Novela de costumbres

(Conclusión)

Contemplaban á la novia con éxtasis, la besaban con ciertos deseos de morderla; pero aquella joven era un ángel que había bajado del cielo para hacer la felicidad del pueblo, y no faltaba entre los concurrentes quien aseguraba que se veía un resplandor de luz celeste en torno de la cabeza de la novia, como el que tienen las Vírgenes en los altares de las iglesias.

En una palabra: la madreleña iba poco á poco conquistando todas las voluntades, haciéndose dueña de todas las simpatías, y robando los corazones, como había dicho don Serafin.

A las siete y cuarto, un monaguillo, colorado como un pimiento de la Rioja, comenzó á repiquetear la campanilla llamando á los fieles; y poco despues, los novios, los padrinos, los testigos, y los convidados de *escalera arriba* se hallaban al pié del altar, mientras que los convidados de *escalera abajo* se iban colocando á donde Dios y su buena suerte les permitía.

Comenzó la sagrada ceremonia en el más profundo silencio. Todos los ojos estaban fijos en los novios, que formaban la pareja más encantadora de la tierra; porque si Teresita era una muchacha sin *pero*, Joaquinito era un muchacho perfecto.

Nadie dudaba, al verlos, que habian nacido el uno para el otro; y exceptuando algunos corazones envidiosos, que nunca faltan, los demás, todos les bendecian desde el fondo de su alma.

Algunas mujeres del pueblo, tenían los ojos llenos de lágrimas, porque sabido es que los pechos generosos se conmueven lo mismo ante la felicidad que ante la desgracia de su prójimo, sólo que estas emociones les proporcionan distintos efectos.

Terminada la ceremonia religiosa, Joaquinito, radiante de felicidad, dió el brazo á la novia, abriendo la marcha. Todos le siguieron.

Don Joaquin daba el brazo á la señora del alcalde, y el alcalde á la señora madreleña; así por parejas y en correcta formación, cruzaron el largo corredor, y subieron por la escalera principal, al salon donde les esperaba el chocolate.

Durante el tránsito, todo el pueblo formando dos apretadas líneas, se replegaba contra las paredes, para dejar paso franco á los señores.

Aquello no se había visto nunca; iba á dejar memoria en los gloriosos anales del pueblo.

Mientras tanto, la banda musical, para amenizar la fiesta, seguía tocando una pieza detrás de otra, con gran contento de los sencillos aldeanos.

Las mujeres y los niños del pueblo tocaban respetuosamente con la punta de los dedos el velo de la desposada y el vestido de raso blanco, y luego besaban los mismos dedos que habian tenido la incomparable dicha de rozarse con la ropa de la novia.

Teresita, encendidas las mejillas y con los ojos húmedos por las lágrimas, enviaba sus más cariñosas sonrisas al pueblo, acariciando al mismo tiempo las cabezas de los niños que se la acercaban.

En el comedor esperaban en torno de la mesa seis muchachas vestidas con el traje del país, dispuestas á servir á los señores, y como todas ellas eran agraciadas y bien parecidas, se despertó el apetito de los convidados, porque sabido es que nada abre tanto las ganas de comer como una muchacha bonita.

Aquel chocolate tenía algo de esos almuerzos modernos, que nuestros coetáneos, con la mala costumbre de olvidar-se de la hermosa lengua de Cervantes, han dado en llamar *lunch*, puesto que la mesa, perfectamente dispuesta, se veía llena de apetitosos fiambres, que nada tenían que ver con el chocolate.

Don Serafin, maestro de ceremonias, director absoluto de la fiesta, fué colocando á los convidados, y debemos decir en honor de la verdad, que aquel hombre Providencia desempeñó sus difíciles cargos con aprobación general.

Comenzó el desayuno en el mayor silencio; nadie se atrevía á perder su gravedad; don Serafin animaba á todo el mundo y en particular á los arrendatarios de su amigo, gente rústica y poco acostumbrada á banquetes de aquella naturaleza, que se encontraban como gallinas en corral ajeno.

Mientras tanto, la banda musical, junto á la puerta del comedor, apenas había concluido de *soplar* una polka, *bufaba* una *habanera*.

Poco á poco se fué extendiendo el buen humor junto á la mesa, desapareció la tirantez propia de los pueblos, y se restablecieron conversaciones parciales de vecino á vecino, aconsejándose los unos á los otros que probaran de este ó del otro plato.

El pavo trufado, el jamon en dulce con huevos hilados, la lengua á la escarlata y el salchichon de Vich, fueron los manjares que más honrados se vieron.

Terminado el desayuno, desde el comedor pasaron á ver las habitaciones de los novios.

La casa fué invadida, la curiosidad estaba hambrienta por saber todo lo que la novia había traído de Madrid.

Teresa tocó un rato el piano, y comprendiendo que á sus oyentes les gustaría más la música ligera, cantó con mucha gracia dos ó tres piezas de zarzuela.

Todo era alegría, regocijo, entusiasmo; sólo permanecian graves, mudos y taciturnos los cuatro severos rostros de doña Angustias, doña Soledad, doña Visitacion y doña Agueda, que protestaban, desde el fondo de sus conturbadas almas, de aquella forastera, que segun don Serafin, iba por el mundo *robando corazones*.

Cuando á las diez de la mañana, los convidados se resolvieron á regresar á sus casas, ofreciendo volver á las tres de la tarde, hora en que debía celebrarse el banquete, Teresita se quitó la corona nupcial, y repartió una rosa blanca á cada una de las señoras que la rodeaban, diciendo:

—Ruego á Vds. que guarden esta rosa como un recuerdo de la inmensa felicidad que siente mi alma por haberlas conocido.

Este delicado obsequio acabó de entusiasmar á la mayoría de los convidados.

A las once, los novios se quedaron solos en familia.

—Mal día, hijos míos,—les dijo don Joaquin, riéndose con toda la boca,—pero en fin, dichosos vosotros para quienes empieza ahora la primavera de la vida y la poética luna de miel.

Doña María se contentó con derramar dos lagrimitas y decir, abrazando á la novia:

—Yo creo que soy tan feliz como vosotros.

En cuanto á don Joaquin, como sus ocupaciones aquel día eran múltiples, desapareció de la sala, sin decir nada.

A las tres en punto comenzó el banquete con acompañamiento de música.

Eran ochenta y cuatro convidados en la mesa de los señores; en la cocina y los patios comió todo el pueblo. Aquello era efectivamente las segundas Bodas de Camacho; don Serafin se cubría de gloria, estaba radiante de felicidad.

Desde su asiento, como un verdadero director de orquesta, dirigía frecuentes miradas á las seis mozas que servían á la mesa.

De vez en cuando se levantaba, salía del comedor, y volvía á entrar.

Jamás hombre alguno desempeñó con tanto celo las comisiones de su cargo.

En la mesa se habian colocado en fruteros, bandejas y canastillos, diez y siete postres, y dos enormes ramos.

Todo aquel artístico aparato, todo aquel golpe de vista sorprendente, que causó el asombro de los convidados, era obra del ingenioso, del incomparable don Serafin.

Si aquel hombre hubiera nacido en la ceremoniosa época de Luis XIV, indudablemente la historia le hubie-

ra dedicado una página gloriosa, pero desgraciadamente había nacido en un modesto pueblo de Castilla la Nueva y bodas como la de Joaquinito y Teresita, *entraban pocas en libra*.

Sobre el mármol del aparador había colocado don Serafin, de un modo caprichoso, cincuenta botellas de Champagne, que *esperaban ansiosas* el momento de echar los taponos por el aire.

La comida fué abundante y suculenta; tal vez carecía de ciertos perfiles y primores propios del refinamiento de la cocina francesa, pero aquella buena gente jamás había visto cosa igual, y para ellos era una comida digna de un rey.

Los vinos del Priorato, Valdepeñas, Fondillon, Benicarló y Jerez, campeaban en la mesa, dando *vivas* á España, y para los postres, esperaban su turno en el aparador, el Champagne, el Curaçao blanco, el Benedictino, la Aniseta de Burdeos y el Cognac.

Con los vinos y los licores indicados, servidos con abundancia, bastaba y sobraba para que *la tomaran* muy de veras los convidados de don Joaquin, pero afortunadamente nadie cometiò la grosería de emborracharse, si bien á los postres, todos estaban alegres y con grandes deseos de brindar.

Don Joaquin, adivinando estos deseos, dió la orden para que se sirviera el Champagne, y comenzó á oírse el alegre estruendo de los taponazos de ese vino de la alegría, que es la última palabra para reasumir el buen humor de un banquete.

Todo el mundo creyó llegado el momento de probar su ingenio, y los convidados, alargando sus copas, reconcentraron sus pensamientos y aguzaron sus oídos.

CAPITULO QUINTO

La casa por la ventana

Don Joaquin, de pié, con la copa en la mano, el brazo extendido, rebosando alegría, comenzó los brindis de esta manera.

—Señores: como la felicidad de los novios refleja en mi corazón, brindo por la luna de miel de los recién casados y por la prosperidad de los presentes, y suplico á todos Vds., pidan á Dios que de hoy en un año nos vuelva á reunir en este mismo sitio, para celebrar el nacimiento del primer hijo de Joaquinito y Teresita.

Chocaron las copas y volvieron á llenarse entre gritos y aplausos.

El alcalde, que como primera autoridad del pueblo, creyó que había llegado el instante de *echar su cuarto á espadas*, tomó una actitud grave, respetuosa y propia de su *jerarquía*, escombró estentóreamente, levantó á la altura de su cabeza la copa del espumoso vino, dirigió en derredor suyo una mirada de superioridad, y dijo:

—Señores: haciéndome eco de los deseos del municipio que tengo la honra de presidir, dejándome llevar por los impulsos de mi generoso corazón, admirando las virtudes de la novia y los dones con que la naturaleza dotó al novio, brindo por su felicidad, y le suplico en nombre de todo el pueblo, que permanezcan entre nosotros el mayor tiempo que les sea posible, para alegría de todos y provecho de los pobres necesitados. Yo por mi parte ofrezco que, para conmemorar este día, para que quede de él un recuerdo imperecedero en los archivos del Ayuntamiento, dispondré que mi digno secretario en union del ilustrado maestro de escuela escriban una Memoria histórica relatando los faustos acontecimientos de este día. Cuando este trabajo literario quede terminado, se citará á los presentes en el salon de la Casa Consistorial, para que oigan su lectura, y pongan al pié su firma. Así cree este municipio cumplir con el cariño y la gratitud que siente hacia los nobles dueños de esta casa. He dicho. ¡Vivan los novios!

El brindis del alcalde alcanzó un verdadero éxito: todo el mundo le felicitaba estrechándole la mano; algunos le abrazaban.

La alcaldesa se sintió orgullosa de tener por marido un hombre semejante, y al alcalde, bastaba verle la fisonomía para adivinar que estaba satisfecho de sí mismo.

Los brindis continuaron, los hubo de todas dimensiones y para todos los gustos: y algunos convidados, faltándoles el valor para pronunciarlos en voz alta, los formularon mentalmente.

El último que se levantó á brindar fué el maestro de escuela, pobre y bondadoso anciano á quien el municipio con sus atrasos hacia pasar largas cuaresmas de ayuno, pero que soportaba su mala suerte con la sonrisa de los mártires en los labios.

Don Prudencio Panyagua (éste era el nombre del dónime) llegó al pueblo á los veinticinco años de edad, y contaba en la época que nos ocupa sesenta y cinco; había por consiguiente enseñado á leer, escribir, las cuatro reglas y algunas nociones de historia y geografía á todos los vecinos del pueblo que no pasaban de cincuenta años.

El pobre dónime era uno de esos sabios de aldea, que vivía muriendo, envuelto en su vieja capa, y era más conoedor de los poetas latinos que de los modernos.

Amante *impenitente* de la poesía, en los ratos de ocio se dedicaba á escribir cartas en verso para los enamorados, gozos y coplas para las festividades religiosas, y otros trabajos poéticos por el estilo.

Cómo su musa, á pesar de la vejez y la larga vida, no había conseguido adquirir una fisonomía propia, se amoldaba á todos los géneros.

Pero desgraciadamente, en el pueblo la literatura pro-



EL MATRIMONIO DE ROMEO Y JULIETA, cuadro por C. Becker

ducia poco, y por eso sin duda, á pesar de tener tanto talento, el pobre dómine se moría de hambre.

El maestro Panyagua se levantó, sacó un papel del bolsillo, se puso sobre la aguilera nariz unos *quevedos* grandes como dos huevos fritos, y saludando tres veces con la cabeza á la concurrencia, dijo:

—Señores: no voy á pronunciar un discurso panegírico, porque otros lo han hecho con gran ilustración; voy solamente á leer á la novia una décima modesta, que la dedica mi pobre y envejecida musa. Ruego á doña Teresita que perdone mi atrevimiento y acepte lo único que puede ofrecerla como regalo de boda un pobre maestro de escuela.

—¡Que lea, que lea!...—gritaron algunos.

El maestro se sonrió, volvió á saludar poniendo de manifiesto su calvicie de zapatero, y repuso:

—Mis versos valen poco, aunque confieso que me han costado de escribir como si fueran buenos; pero en fin, allá van, con perdon de las musas y de la concurrencia.

Y el dómine desdoblado el papel, se puso á leer en voz alta la siguiente décima:

Á TERESITA

Pródiga naturaleza
quiso en tu misma persona
ceñir la triple corona
de amor, virtud y pureza:
tu incomparable belleza
atesora tantos dones,
son tantas las perfecciones
que tu corazón encierra,
que eres ángel de la tierra,
que *roba los corazones*.

Un aplauso cerrado resonó en el comedor. El pobre viejecillo se sonrió con la timidez de la modestia; y después de inclinar la cabeza saludando al público, se dirigió hácia el sitio donde se hallaba Teresita, y doblando una rodilla en tierra, dijo:

—Señora: los versos que tengo el atrevimiento de dedicar á V., son muy malos, pero juro con la mano puesta sobre el corazón, que me han costado tanto como si fueran buenos.

Teresita, conmovida, levantó al pobre viejo y le dió un beso en la frente.

El maestro de escuela dejó asomar dos lágrimas á sus ojos.

Todos aplaudieron á Teresita.

—Gracias, amigo mío, gracias de todo corazón por su delicado obsequio,—dijo la novia.

El dómine quiso hablar pero no pudo, porque el pobre se hallaba verdaderamente conmovido.

Teresita se quitó un ramito de violetas, que llevaba al pecho, y lo puso en la solapa de la raída levita del maestro, diciéndole:

—Yo recompenso, con el alma agradecida, las flores del poeta, con estas otras flores que la naturaleza ha creado para perfumar el ambiente.

Este rasgo delicado de la novia produjo un verdadero vértigo en derredor suyo.

Don Joaquín, loco de alegría, abrazó al maestro de escuela, y quitándose el reloj y la cadena de oro que llevaba, le dijo:

—Amigo don Prudencio; le ruego que acepte en nombre de mi hija, esto, como un recuerdo del día de su boda.

Don Prudencio abrió inmensamente los ojos, movió la lengua como si deseara humedecer el paladar, y dijo, no con pocas fatigas:

—Pero señor don Joaquín de mi alma: yo no tengo ropa para llevar este reloj.

Este arranque de excesiva modestia produjo la hilaridad en derredor del dómine.

Teresita colocó su blanca y pequeña mano sobre el hombro del maestro, y le dijo, riéndose:

—Puede V. aceptar el reloj, sin el menor escrúpulo, porque yo tengo grandes proyectos, por consiguiente corre de mi cuenta el que no le falte á V. la ropa que echa de menos ese reloj.

El dómine se dejó caer en una silla; aquella joya, que valía lo menos tres mil reales, le aplanaba, pues sabido es que, á los ojos que están acostumbrados á las tinieblas, la hermosa luz del sol les hiere hasta el punto de hacerles daño.

Todo el mundo rodeaba á don Prudencio dándole la enhorabuena por sus versos y sobre todo por el reloj y la cadena de oro.

El dómine, con los ojos humedecidos por las lágrimas y la sonrisa en los labios, repartía gracias á derecha é izquierda.

Se tomó el café, y un cuarto de hora después, todos los convidados se hallaban en la galería del jardín, esperando impacientes la señal para que comenzara el castillo de pólvora.

Hay dos diversiones que electrizan, que entusiasman al pueblo español, lo mismo en las grandes ciudades que en las pequeñas aldeas: los toros y los fuegos artificiales.

Comenzaron los cohetes *voladores*, los unos con sus penachos de chispas, los otros con sus bombas de colores, que caían sobre los alegres aldeanos, como una lluvia de oro.

Después de un centenar de cohetes, se pegó fuego al primer cuerpo del castillo, cuyas estrellas giratorias y numerosas campanillas despedían de vez en cuando una

corona de fuego, que elevándose á gran altura, iluminaba la oscuridad del espacio.

El público aplaudía frenéticamente al autor de todos aquellos efectos de luz, que brillaban sobre sus cabezas. La última parte del castillo se reducía á un templo formado por luces de colores, en cuyo centro se leían los nombres de los novios.

Esta apoteosis, esta *gloria* final produjo un verdadero frenesí entre los espectadores.

Terminados los fuegos, comenzó el baile; pero ¿á qué continuar refiriendo lo que sucedió aquella noche en casa del millonario don Joaquín? Basta decir que todo el mundo bailó mucho, que todo el mundo comió mucho, y que á la una de la madrugada se despidieron los convidados deseándoles muchas felicidades á los novios, que los músicos dejaron de *soplar*, y que se apagaron las luces, y en la alcoba nupcial se encendió la *antorcha de himeno*.

CAPITULO SEXTO

Consumatum est

Trascurrió un mes: Teresita iba ganando voluntades en el florido campo de las simpatías.

Una mañana, paseándose por el jardín, apoyada en el brazo de su papá suegro, le dijo, inclinando la cabecita sobre el hombro, y sonriéndose como un querubín:

—¿No cree V., querido papá, que en este mundo, toda criatura debe ser útil á sus semejantes y mucho más los que gozamos del privilegio de ser ricos?...

—¿Quién lo duda, hija mía? los ricos no deben olvidarse nunca de los pobres. Pero ¿por qué me diriges esa pregunta?...

—Toma, porque tengo un pensamiento que no puedo realizar sin la vena de V.

—Pues ya la tienes; porque á mí me parece tan imposible negarte lo que me pidas, como hacer de la noche día y del día noche.

—Le cojo á V. la palabra, y puesto que tengo la autorización, ya me las compondré yo con don Serafín para realizar mi pensamiento lo más pronto posible.

—Pero ¿qué es ello?...

—Un poco de paciencia, querido papá, pues no ha llegado todavía la hora de que V. lo sepa.

—¡Hola!... ¿Y va á saberlo antes que yo don Serafín?...

—Pues es claro, porque él es mi cómplice.

—¿Y lo sabe Joaquinito?...

—Toma, ese lo sabe todo; porque yo le permito que se asome á una ventanita que tengo en el corazón, desde donde se ve mi alma.

—Vamos, ya veo que te has propuesto matarme de curiosidad.

—Pues para que esa curiosidad no sea tan mortificadora, voy á decirle á V. una parte de mi secreto: necesito para realizar mi pensamiento, ocho ó diez mil reales.

—¡Zambomba!... ¿Y qué más?...

—Ya no puedo decir una palabra, porque si vamos continuando las preguntas, va V. á acabar por saberlo todo, y eso no es lo conveniente.

Don Joaquín concedió á Teresita *letra abierta* en su caja, porque no podía negarle nada á aquel angelillo de la tierra, que era la alegría de la familia.

Al día siguiente, don Serafín se presentó con una cuadrilla de albañiles en casa de don Joaquín; se instalaron en una sala baja, que tomaba las luces del jardín, y comenzaron á derribar tabiques.

Aquella habitación, como otras varias del edificio, no servía para maldita la cosa; porque el inmenso caseron de don Joaquín tenía tres cuartas partes más de habitaciones de las que necesitaba la familia para vivir desahogadamente, abundancia de local que sólo se disfruta en los pueblos.

El trabajo de los albañiles duró una semana. Luego don Serafín hizo un viaje á Madrid, comisionado por Teresita, y al regresar al pueblo, trajo multitud de objetos que entraron, unos en cajones, otros envueltos en telas impermeables, en el *salón de los misterios*, según lo denominaba don Joaquín.

Pero como no hay plazo que no se cumpla, una mañana Teresita cogió del brazo á su papá suegro, hizo una seña con la cabeza á su madre política, guiñó el ojo á Joaquinito, y todos juntos y en familia, entraron en el *salón misterioso*, que Teresita y don Serafín, auxiliados de los albañiles, habían convertido nada menos que en una escuela de música y dibujo.

Además, unas mesitas colocadas junto á las ventanas del jardín se hallaban llenas de herramientas; y en unos canastillos de paja se veían pétalos de flores, tallos de alambre pintado de verde, y todo lo necesario para construir ramos y flores artificiales.

Como Teresita leyó el asombro en los semblantes de sus padres políticos, y este asombro reclamaba una explicación, tomó la palabra, y habló de esta manera:

—Como me aburre la ociosidad, porque no estoy acostumbrada á ella, como aquí me sobran seis horas de las veinticuatro que tiene el día, voy á emplearlas, con permiso de mi querido esposo, y de mis padres, en enseñar un poco de música, otro poco de dibujo, y otro poco en la construcción de flores artificiales, á todas las niñas del pueblo, que quieren honrarme siendo mis discípulas. La música, el dibujo y la construcción de flores, son muy bonitos adornos para la educación de la mujer, y muchas veces suelen serles útiles para ganarse honradamente la vida.

Doña María lloró, porque aquella buena madre no sabía hacer otra cosa que llorar; don Joaquín abrazó á su hija

política; Joaquinito se sonrió con la satisfacción del que posee un tesoro; y don Serafín presenció la escena grave y satisfecho de sí mismo, por la parte que había tomado en la creación de aquella escuela, que iba á dar días de gloria al pueblo.

La noticia corrió con la rapidez del rayo; el ayuntamiento en masa fué á darla las gracias á Teresita; el cura párroco, desde el púlpito, aconsejó á sus feligreses que imitaran la noble y honrada conducta de doña Teresita, y no se echaron las campanas al vuelo porque lo impidió don Serafín en tiempo oportuno.

Quince días después, Teresita contaba con veinte discípulas que pertenecían á todas las clases de la sociedad.

La escuela de Teresita estaba abierta para las ricas y para las pobres, y todas eran tratadas con igual cariño, con las mismas consideraciones.

Doña Agueda, doña Visitación, doña Soledad y doña Angustias empezaron á convencerse, bien á pesar suyo, de que Teresita tenía *ángel*, y que siguiendo por el camino que había emprendido, no tendría nada de extraño que las profecías de don Serafín se cumplieran y que la madrileña *robaba todos los corazones*.

Al hacer esta manifestación aquellas cuatro *piadosas* señoras, ponían siempre un *pero* y tres puntos suspensivos y esta conjunción adversativa destruía en parte las concesiones que *á regaña dientes* hacían en favor de Teresita.

Pero sabido es que no se desarraiga con facilidad el odio que se infiltra en el corazón de cuatro beatas murmuradoras y envidiosas.

Mas, ¿qué le importaba esto á Teresita?... En el pueblo, exceptuando las cuatro mamás que habían soñado llamarse suegras de Joaquinito, todo el mundo adoraba á la madrileña y hubieran besado con respetuoso cariño las huellas de sus pies, si se lo hubiera permitido.

Teresa era un ángel de la tierra; las bendiciones la salían al paso por todas partes, porque el que siembra favores, tiene siempre buena cosecha de agradecimientos, por más que las malas lenguas vayan pregonando que el mundo está lleno de ingratos.

A pesar de esto, las almas nobles y generosas miran con indiferencia la ingratitud, y siguen prodigando el bien por la tierra, sin cobrar otro *tanto por ciento* que la satisfacción que les proporciona el hacerlo.

Teresita, con el auxilio de don Serafín, del cura párroco, del alcalde y del médico, estaba al corriente de todas las necesidades del pueblo y procuraba remediar no sólo las del cuerpo, sino las del espíritu, visitando á los enfermos y á los necesitados.

El médico del pueblo solía decir:

—Yo tengo en doña Teresita un auxiliar poderoso para combatir las enfermedades de los pobres, y muchas veces entre ella y yo derrotamos á la muerte.

Insensiblemente, Teresita, aparentando ser una esclava de la familia, no tener voluntad propia, se fué haciendo la señora, el ama, la reina absoluta de la casa; pero su imperio era tan dulce, tan noble, que todos acabaron por poner su corazón y su voluntad ante los pies de aquel serafín que les aprisionaba con una cadena de perfumadas rosas.

Cuando al año de establecerse la academia de música, dibujo y construcción de flores artificiales, se celebró el certamen público en el salón del Ayuntamiento; cuando las buenas madres del pueblo oyeron tocar á sus hijas algunas piecitas al piano; cuando vieron los dibujos y las flores de las discípulas de doña Teresita, faltó poco para que se la comieran á caricias.

Teresita había establecido premios para las discípulas aventajadas, procurando por este medio estimularlas, pero separándose de la rutina; en vez de coronas, bandas y medallas, si la discípula era pobre la regalaba dinero ó ropa, y si era rica, libros útiles bonitamente encuadernados, con el nombre de la agraciada, en letras de oro, en la cubierta.

El primer certamen fué célebre en los anales del pueblo. Al salir Teresita del Ayuntamiento, cogida del brazo de su papá político, la vitorearon con frenesí.

Algunas mujeres, impulsadas por el entusiasmo de la gratitud, la besaban las manos y la falda del vestido, con el respeto y la veneración que pudieran hacerlo con una santa.

Este triunfo, esta explosión de cariño, estas expansiones hijas de la gratitud, fueron otras tantas espinas que penetraron en los corazones de doña Soledad, doña Angustias, doña Visitación y doña Agueda.

Estas *buenas* señoras no podían soportar con indiferencia que la forastera continuara *robando corazones*, y sus hijas se quedaron para vestir imágenes en la sacristía de la iglesia.

Al separarse de sus amigas doña Angustias las dijo, poniendo los ojos en blanco:

—Desengañense Vds., á pesar de los aplausos y los vítores, yo sigo en mis trece; esta boda acabará mal, porque estoy viendo que los despilfarros de la madrileña, al fin y al postre, serán causa de la ruina del imbécil de don Joaquín, del bobo de Joaquinito, y la *mema* de su madre, que no tienen voluntad propia para oponerse á las extravagancias de Teresita.

No hay nada tan incorregible como una alma envidiosa, y aquellas *buenas* señoras eran perseverantes en la culpa, porque indudablemente ignoraban que con quinientos reales bien gastados se puede socorrer en un pueblo de corto vecindario, á muchos menesterosos.

Pero ¡oh fragilidad humana! aquellas cuatro mamás hipócritas y mojigatas y sus empalagosas y ridículas hijas, formaban siempre en primera fila en los banquetes, fiestas



FANTASÍA, CUADRO POR GUSTAVO COURTOIS, GRABADO POR M. BAUDE

y bailes que daba Teresita en su casa; y parece increíble, comían con buen apetito, y recibían con manifestaciones de cariño y gratitud las finezas y regalos de la madre; pero en cambio cuando se hallaban solas, cuando se arrojaban dándose golpes de pecho, ante la imagen del santo de su devoción, indudablemente le pedían, como favor especial, que se cumplieran sus pronósticos.

Un día, don Serafín le dijo á Teresita:

—¿Sabe V. lo que ocurre?
—No, — contestó Teresita, — pero supongo que V. me lo dirá.

—Pues las *hermanas* de la cofradía de la Virgen de las Angustias han andado poco menos que á zarpa la greña por no sé qué privilegios que las unas dicen tener sobre las otras; pero yo sospecho que no es esa la *madre del cordero*, sino que, como se han recaudado pocos fondos para hacer la fiesta y el mes de agosto se echa encima, andan las buenas *hermanas* desazonadas é inquietas.

—Pues eso es muy fácil de remediar, — contestó sonriéndose Teresita: — que se fundan en una las dos hermandades, pues ya sabe V. que dicen los sabios, que la union constituye la fuerza. Además, en Nazareth sólo hubo una María, en Belen sólo parió una Virgen, y Dios sólo tuvo una Madre.

—Sí, sí, todo eso es verdad, — añadió don Serafín, rascándose el cogote; — pero esas buenas señoras están muy enguerradas y cada cofradía defiende á su Virgen.

—Pues la Virgen no es más que una, amigo mio, y yo he de intentar que se unan las dos hermandades.

—Le aconsejo á V. que no se mezcle en ese asunto.

—¿Por qué?...
—Porque ya tiene V. algunas enemigas entre las *hermanas* y podría aumentar el número.

—Bah; ya sé yo que no me quieren bien algunas señoras del pueblo; son muy pocas, pero ellas se desengañarán y acabarán por amarme como todos; porque yo, amigo mio, he nacido para no tener enemigos.

Teresita se dió tan buena maña, que á fuerza de halagos, perseverancia y regalos, logró realizar sus deseos.

Las dos hermandades se refundieron en una; redactó un reglamento, en colaboracion con el cura, el maestro de escuela y don Serafín; se nombraron cuatro presidentas, á turnar una cada año; influyó con su suegro para que se le regalara un vestido nuevo á la Virgen, y convidó á comer á doña Angustias, doña Soledad, doña Visitacion y doña Agueda, presidentas vitalicias de la cofradía de la Virgen del Socorro.

Estaba escrito: era imposible no adorar á aquel ángel de la tierra, á aquella alma hermosa, que infiltraba las simpatías en todos los corazones; y hasta la misma doña Angustias, la más recalcitrante y tenaz enemiga de Teresita, al meterse en cama, aquella noche, no pudo menos de decir, exhalando un suspiro:

—Don Serafín tiene razon: la madreña es un ángel del cielo, que ha bajado á la tierra, en forma de mujer, sin otra mision que la de *robar corazones*.

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

TODO EL MUNDO

Suma y compendio de todas las cosas creadas es para la Academia de la lengua este mundo que denominan, unos, *mundo pícaro*, y otros, *valle de lágrimas*. No voy á discutir con la docta y autorizadísima corporacion; paso por que todas las cosas creadas se hallen en el mundo (que es bastante pasar) y paso por que existan cosas que aún están sin crear (y es pasar más todavía) y voy derecho al grano, ó á la cuestion: la cual cuestion es una pregunta que se me ha ocurrido muchas veces y á la cual aún no he logrado hallar respuesta: *¿quién es todo el mundo?*

Ya sé yo que el mundo es uno de los enemigos del alma; pero *todo el mundo* debe de ser cosa distinta.

En muchas ocasiones he oido hablar de las *cosas del mundo*, que, despues de todo, son las únicas cosas que nosotros conocemos; del *mundo al revés* que se diferencia muy poco del *mundo al derecho*, acaso porque ya ha sido vuelto más veces que abrigo de cesante; de echarse *al mundo* y de *darse al mundo*, como pudiera uno darse al demonio; del *mundo nuevo* y del *nuevo mundo*, que aún cuando parezcan una misma cosa, son dos cosas muy dife-



AL PIÉ DE LA ESCALERA DE LOS GIGANTES EN VENECIA, cuadro por H. Woods

rentes; de cosas que no son del otro mundo, como si dijésemos, que no son del otro *juéves*, en que parece que juéves y mundo son sinónimos; y hasta de dar el mundo un *estallido*, amenaza que tienen constantemente en los labios los que andan descontentos con lo que ocurre, que son casi todos los hombres y la mayor parte de las mujeres; pero nunca supe, á ciencia cierta, lo que quiere decir el que dice: *todo el mundo*.

Esto sucede desde que el mundo es mundo, y pareceme que sería conveniente desterrar del mundo tan pernicioso costumbre; pero cuando de mejorar las costumbres se trata, aunque el reformador posea *este mundo* y el otro, suele fracasar en la empresa. Los que han rodado el mundo y tienen por consiguiente bastante mundo para no irse por ahí, por esos mundos, sin saber á dónde van y lo que se proponen, confiesan que todo el mundo es país, y dejan en paz al mundo como lo encontraron cuando á él vinieron y como habrán de dejarle cuando salgan de él: eso haré yo, que ni tengo vocacion de mártir, ni aspiro á la honra de ser crucificado como redentor; pero, así y todo, no resisto á la tentacion de averiguar quién es todo el mundo.

Todo el mundo... todo el mundo... deje V., que vamos á salir de dudas; me ha ocurrido un gran pensamiento: allí discuten dos amigos míos, no sé sobre qué, ni sé cómo piensan; pero estoy seguro de que el uno ó el otro, quizás los dos, apelarán en defensa de su opinion á la de todo el mundo: ellos podrán explicarme, por consiguiente, lo que la frase significa. Oigamos.

—Incorre V. en error grosero, amigo mio.
—Está V. equivocado; lo que yo sostengo es la verdad.
—Eso creerá V.; pero *todo el mundo* sabe lo contrario.
—¡Eh! Ya pareció aquello; ¿no se lo decía yo á Vds.?
—Me acerco y digo:
—Caballero, perdone V. una pregunta: ¿ha dicho V. que todo el mundo cree lo contrario?
—Sí, señor: eso he dicho.
—Y ¿sería V. —perdon otra vez— sería V. suficiente- mente amable para decirme quién es todo el mundo?
—¿Cómo que quién es todo el mundo?
—Pues eso.
—Pues todo el mundo son todas las personas que dis- curren; todos los autores que han escrito sobre este asunto, que el señor y yo discutimos; todos los tratadistas antiguos y modernos; los profesores de la universidad; los oradores

de las sociedades científicas; los publicistas más distinguidos; en una palabra, todo el mundo: ¿cómo se dice todo el mundo?

—Así justamente; decirlo es la cosa más fácil del mundo; pero, vamos, ¿está V. seguro de que ningun tratadista, ningun orador, ningun sabio ha sustentado distintas opiniones? La misma persona que con V. discutía ¿no pertenece al mundo?

—Claro que sí; ni quiero yo suponer que en esto haya completa y absoluta unanimidad. ¿La hay en algo por ventura?

—Ya me hago cargo; pero vaya, como V. decía: *todo el mundo*...

—Bien, es una manera de decir; eso significa la mayoría...

—¿La mayoría? ¿Y puede saberse de qué medios se ha valido V. para adquirir el convencimiento de que la mayoría piensa como V.? ¿Cuándo se ha verificado la votacion? ¿Dónde se contaron los votos? ¿Quién llevó á cabo el escrutinio?

—Eso, permita V. que se lo diga, es una verdadera niñería, no es preciso materializar hasta ese punto. Nada sería más fácil que probar á V. con textos que *todo el mundo*...

—Bien, no insisto: sé cuanto necesitaba saber: *todo el mundo* significa, para cada uno, los que piensan lo mismo que piensa él.

De forma que para éste, hay un *todo el mundo*; y para aquél, otro *todo el mundo* distinto. ¿Eres ministro? — Bien pudieras serlo; crearás que desempeñas el oficio como ninguno; los que te rodean, amigos, parientes, deudos, allegados, personas que esperan de tí favores ó solicitan mercedes, opinarán lo mismo que tú; á lo menos dirán que opinan que eres mejor ministro que cuantos hubo en los pasados y ha de haber en los futuros tiempos. Esa será, para tí, la opinion de *todo el mundo*.

Tu émulo, el que desea sustituirte y acaso con probabilidades de conseguirlo, pensará de tí que eres un cernícalo y lo mismo pensarán los amigos, parientes, deudos y testamentarios que rodean al ministro futuro: esta será para ellos y para él la opinion de *todo el mundo*.

Publicas un libro, escribes una comedia, pintas un cuadro, haces una ópera, labras un monumento, ó te casas, ó te quitas la barba, ó te compras un sombrero; en cualquiera de esos casos los amigos íntimos se burlarán de tí, encontrarán el sombrero ridículo, y la tonsura cursi, y la mujer coqueta (lo menos), y el monumento digno de Churriguera (lo más), y la ópera inaguantable, y el cuadro espantoso, y la comedia insulsa y pesado el libro; pero, como fácilmente se comprende, á tí te dirán todo lo contrario: celebrarán tu acierto, aplaudirán tu ingenio, ensalzarán tu buen gusto y te dirán cuanto pueda lisonjearte, exagerándolo cuanto sea posible para burlarse mejor de tí; porque, al cabo, si uno no se burlase de los amigos, ¿en qué habia de pasar los ratos de ocio? Para tí, *todo el mundo* son esos que te adulan; para los demás, *todo el mundo* son esos mismos que se burlan de tí: en este caso ese *todo el mundo* es el mismo para unos y para otros; sólo que cada cual lo mira á su modo.

Para el artista es *todo el mundo* los que le aplauden; para el sabio, es *todo el mundo* los que le admiran; para la mujer hermosa *todo el mundo* son sus amantes; para el deudor, *todo el mundo* son sus acreedores; para el general no hay más *todo el mundo* que los soldados, y para el abogado, *todo el mundo* son pleitos.

Hay en el fondo de estas deducciones algo que demuestra cuán cierto es que el hombre más experimentado y más corrido solo *ha visto el mundo por un agujero*: el agujero de su propia opinion y de sus personales conveniencias.

Todo el mundo es una frase muy usual y que refleja perfectamente nuestra soberbia y nuestra debilidad al mismo tiempo. Lo que nosotros pensamos, lo que nosotros creemos, eso presumimos que piensan y creen todos los demás; nuestras aspiraciones, nuestra opinion, nuestros principios, creemos asimismo que son los principios, la opinion y las aspiraciones de todos. Y sucede de ordinario, que los que nos rodean, ya por lisonjear nuestro amor propio con pobres adulaciones; ya por evitar polémicas desagradables; ora por apoderarse, con halagos, de nuestro espíritu; ora para burlarse de nosotros haciéndose dueños de nuestra voluntad, fingen pensar, opinar y creer como nosotros mismos pensamos, opinamos y creemos.

Y es tan grato, para la vanidad humana, advertir, no

que nosotros estamos conformes con *todo el mundo*, sino que todo el mundo está conforme con nosotros, que no vacilamos en llamar *todo el mundo* al reducido círculo de los lagoteros que nos rodean, nos halagan y nos adulan.

Bien consideradas unas cosas y otras, viene á resultar que si hubo un rey soberbio y arrogante que se atrevió á decir aquello de *Letat c'est moi*; hay muchos millones de ciudadanos vanidosos que, aunque no lo digan en alta voz, repiten constantemente para su capote: *Todo el mundo, soy yo*.

A. SANCHEZ PEREZ

EL CÁRMEN
DEL RUISEÑOR
Tradición granadina

En la márgen derecha del Dauro y no lejos del sitio llamado las *Angosturas*, existe, rodeado de otros varios, uno de esos deliciosos huertos que, únicamente en Granada y por privilegio especial, reciben el nombre de *cármenes*, conocido con el poético de *Cármén del Ruiséñor*.

El *cármén* de Granada es una cosa *sui generis*. No se asemeja en nada al *cigarral* de Toledo, ni al *miramar* de Valencia, ni á la *torre* de Barcelona, ni, saliendo de los límites de nuestra Península, á la risueña y elegante *villa* de Italia, el pintoresco *chalet* de Suiza ó el suntuoso y aristocrático *château* de Francia y Alemania. Es un pedazo de terreno de más ó menos extensión, por lo regular bastante accidentado, y en el que se encuentran mejor ó peor distribuidos, según el capricho y la fortuna del propietario, espacios convertidos en lindísimos jardines, con fuentes, estatuas, estanques y paseos; bosquecillos de laureles ó frescos avellanos, con arroyos, grutas y bancos rústicos; cuadros destinados para hortalizas y árboles frutales, y sobre todo, miradores para contemplar los bellísimos panoramas que la Damasco de Occidente ofrece por donde quiera que se detenga la vista.

En cuanto al origen de la palabra *cármén*, es la opinión más general que viene de una voz árabe que significa *casa de placer ó mansión de recreo*; si bien algunos han querido darle otra procedencia haciéndola derivar del latino *carmen* (verso, poesía).

Hé aquí ahora el sencillo pero poético asunto á que debe su nombre el *Cármén del Ruiséñor*.

* * *

En el año 843 de la Hegira, vivía en Tánger un noble y venerable anciano sobre cuya frente había derramado el Altísimo ampliamente sus dones.

Llamábase Juzef-ben-Zahir, y sus largos días eran de gloria y de salud. Las buenas hadas habían asistido sin duda á su nacimiento; su fortuna era inmensa, sus honores sin cuento, y su único hijo, jóven virtuoso y valiente, honraba las canas de su padre con las glorias adquiridas en los combates. Así es que la frente de Juzef estaba límpida y tersa sin que la surcase una sola arruga, y su lengua barba plateada causaba la envidia de todos los buenos musulmanes.

Sin embargo, estaba escrito en el libro eterno de Alah que no había de pasar Juzef el estrecho puente que describe el Profeta, antes de sentir clavada en su corazón la



JOSE Y LA MUJER DE PUTIFAR grupo en marmol por Adam Tadolini

aguda espina del dolor. Llegó un día en que el ángel Azrael cernió sobre la cabeza del anciano sus alas negras y azuladas como las del cuervo del desierto; y Juzef, para quien hasta entonces había sido la vida un reflejo del jardín de Hiram, se doblegó como una débil caña bajo el peso del infortunio.

El gentil mancebo que hacia sus delicias, el hijo querido que estaba llamado á perpetuar su noble descendencia y á heredar su nombre sin tacha, cayó en un combate atravesado por una guma.

Desde aquel momento terminó para Juzef la existencia; sus mejillas se demacraron y palidieron, y su frente, antes serena, se surcó de profundas é indelebles arrugas.

Pasaba sus días en el mirador de su palacio sin proferir una palabra, contemplando con arrasados ojos las azuladas ondas del Estrecho y las brumosas montañas andaluzas. En vano Fátima, su esclava favorita, le mostraba sonriendo las perlas de su boca, y pulsaba, sentada á sus piés, las melodiosas cuerdas de su guzla de marfil; Juzef que la amaba con el cariño de un padre, acariciaba con su mano trémula las negras crenchas de la jóven, y pagaba con una sonrisa dulce y melancólica sus esfuerzos por consolarle.

—Dicen, murmuraba una tarde Fátima con una voz tan suave y armoniosa como la de las hadas de Osian; dicen que más allá de ese mar que quiebra en sus ondas los postreros rayos del sol, más allá de aquellas montañas que tocan al cielo con su cumbre, hay una tierra hermosa y privilegiada, toda esmaltada de flores, y

cuyos ríos arrastran arenas de oro; dicen que sobre una colina roja como la escarlata que ciñe tu cabeza, hay un delicioso alcázar construido por las hurfés en una noche de amor; dicen también que sobre el claro y resplandeciente cielo que cubre ese paraíso, está asentado el Eden que ofrece el Profeta á los buenos creyentes; tal vez allí hallarás el consuelo que te niegan las costas africanas.

Juzef miró tiernamente á su esclava, que esperaba anhelante su respuesta, y sonrió tristemente.

—Alah es grande! —dijo por fin.—El solo puede volverme la felicidad que he perdido!

Pero la imagen de aquella mansion de delicias, de aquel paraíso que Fátima le había descrito, quedó desde entonces impresa en su mente, y llegó un día en que dijo á su esclava:

—Quiero ir á Granada, á esa tierra feliz cubierta de fragantes flores y cuyos ríos arrastran arenas de oro; quiero ver esa roja colina circundada de mágicos verjeles; quiero contemplar ese alcázar de rubíes que construyeron las hadas. Allí, no podré jamás olvidar á mi hijo; pero esperaré tranquilo á que se cuenten mis horas.

Y dos lunas después, admiraban sus ojos el purísimo cielo de Granada y pisaban sus piés las perfumadas violetas que ostenta la Alhambra en la primavera.

En la ribera del Dauro, ese rio que se desliza suave sobre doradas arenas, compró por quinientos zequíes un *cármén* delicioso, desde donde contemplaba extasiado el alcázar de los Alhambres suspendido en un extremo de la Colina Roja.

Al pié de un fresco y sombrío avellano co-

locaba Fátima una alfombra de Persia, y recostado en ella el anciano dejaba vagar su imaginación en melancólicos y dulces pensamientos.

Una tarde de junio se posó un ruiséñor sobre las ramas del avellano y entonó su triste cántiga.

Juzef quedó embelesado escuchando aquella dulce armonía. Parecióle que era el espíritu de su hijo bien amado, que le saludaba de nuevo deseándole prosperidad.

Todas las tardes acudía Juzef ansioso al pié del avellano, y siempre los ecos del avecilla canora deleitaban sus oídos y sumergían su alma en un mar de suaves y deliciosas meditaciones.

Fátima, viendo contento á su señor, se retiraba en silencio, y sólo volvía para acompañarle á su cámara cuando el sol se ocultaba tras Sierra Elvira.

Una tarde en que, como de costumbre, escuchaba Juzef al ruiséñor posado en una rama sobre su cabeza, le pareció que los trinos de éste, más cadenciosos y sentidos que los días anteriores, se debilitaban por momentos. Azorado el anciano, levantó su cabeza y vió á la pobre avecilla que, cesando en su canto, escondía el pico entre las alas.

Fátima llegaba en aquel instante. Juzef apenas tuvo tiempo de mostrarle el ave; las alas de esta se agitaron con un movimiento de agonía, y cayó exánime junto al anciano, por cuyas mejillas rodaron dos lágrimas.

En vano intentó la esclava hacerle incorporarse para trasladarle de aquel sitio. Juzef dobló su abatida frente y quedó muerto sobre la alfombra al lado del ruiséñor.

SALVADOR PEREZ MONTOTO

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

IMP. DE MONTANER Y SIMON